

del solitario con las del hombre público; el silencio de María con la actividad de Marta; el recogimiento y abstracción con los negocios de la gloria del Señor.

Tal es el gran Bernardo, sabios y prudentes del mundo; ved ahí, enemigos de los claustros, la apología mas cumplida de esos institutos sagrados que, so pretexto de ser inútiles á la sociedad, el genio de la destruccion hiciera desaparecer de nuestro suelo. Ved ahí un hombre cuyas virtudes son el mas solemne mentís contra vuestras calumniosas diatribas respecto de la virtud; un héroe que os hará enmudecer ínterin dure la memoria de sus acciones, y haya una página que conserve los monumentos de su heroísmo.

¿Y qué mayor prueba de la virtud y santidad de Bernardo que el ver aquellos escuadrones de personas de todas edades, que diariamente acudian á Claraval á reforzar los ejércitos de Jesucristo bajo los estandartes del santo abad? ¿No se vieron en muchas ocasiones llegar á pedirle consejo grandes, nobles, príncipes, reyes y obispos! El mismo Vaticano, ¿no le honró con su confianza y estuvo en correspondencia no interrumpida con el humilde solitario? Francia, Portugal, España, Italia, Inglaterra, Escocia, Sicilia, Alemania, ¿no le vieron trabajar incansable en la fundación de mas de cien monasterios, proveyendo á todos en sus temporales y espirituales necesidades, edificando siempre con sus preciosos ejemplos, consolando á los afligidos, confortando á los débiles, reprendiendo á los tibios, animando á los fervorosos, siendo, en suma, un espejo en donde se miraban los mas perfectos, y un mudo censor en quien los díscolos hallaban la sorda reprensión de sus vicios?

Increíble parece, católicos oyentes, que rodeado Bernardo de tantos y tan graves asuntos, pudiese conservar su corazón extranjero á las distracciones mundanales. Y sin embargo, ¿quién no admiró en él aquel espíritu de contemplación continua que le tenia como embelesado en el cielo, hasta el extremo de no distinguir entre el agua y el aceite que mas de una vez bebió indistintamente? ¿A quién no llenará de asombro verle tan absorto en la meditación de las grandezas de la dulcísima virgen María, que parece que su corazón se derrite cuando pronuncia su nombre, que no tiene mas ansias que obsequiarla, que por todos sus poros no respira mas que el suavísimo néctar de una ternura la mas entrañable hácia aquella á

quien mira como su única madre? Pera no es posible, amados oyentes, expresar en pocos términos todo cuanto el entendimiento concibe acerca de la virtud y santidad prodigiosa del gran Bernardo. Sean otros los que con mas limado acento tomen á su cargo ensalzar las glorias de nuestro héroe; por mi parte juzgo que nada puedo hallar que mejor compendie el heroísmo de este portentoso de la gracia, que decir fué engrandecido por el Señor á un grado de santidad tan eminente, que su vida fué el terror de los enemigos de la virtud: *Magnificavit eum in timore inimicorum*. Habeislo visto en mi primera parte. Rétaos ver como con su celo y doctrina pacificó la iglesia, ahuyentando de ella los monstruos que la combatian: *et in verbis suis monstra placavit*. Esto será el asunto de la

SEGUNDA REFLEXION.

Con tristes auspicios comenzaba su carrera el siglo XII. Monstruos horrendos habian invadido la heredad santa del Dios de Sabaot. Las raposas del error desolaban la viña del labrador divino; el áspid tortuoso del cisma envenenaba las entrañas de la madre comun de los predestinados; y la impiedad, aumentándose especialmente en Francia con la licencia de las armas, extendiera las tinieblas de la ignorancia y de la superstición en casi todos los pueblos. La religion, pues, no ménos que la sociedad, necesitaban de un genio extrordinario que supiese colocar la verdad en el sitio que usurpara el error; que supiese, en suma, arrancar la máscara hipócrita de la sabiduría mundanal, y hacer brillar la luz de la verdadera ciencia y de la sólida piedad.

Todo esto lo consiguió con su celo y doctrina admirable el solitario de Claraval. Sí, católicos, Bernardo era el Moisés destinado por el cielo para aterrorizar á los enemigos de Dios y aplacar los monstruos que acometian su santuario. Dos hombres extraordinarios habia producido entre otros aquel siglo, que eran como los baluartes en que se habia atrincherado el error. El primero llamado Pedro Abeylardo, de ingenio sublime, pero de costumbres corrompidas; profundo en la ciencia filosófica, pero superficial en la ciencia de los santos; sabio, en fin, pero arrogante y presuntuoso. El segundo, cuyo nombre era Arnaldo de Brescia, discípulo del precedente, hipócrita, re-

voltoso y fanático en demasía, cuyos errores pusieron mas de una vez en conflicto á la iglesia, y cuyas turbulencias encendieron el fuego de unas guerras que hicieron correr la sangre de los ciudadanos. Contra estos dos monstruos hubo de luchar el celo y la doctrina de nuestro santo; y lo hizo con tan felices resultados que no les dejó el menor efugio, y les obligó á confesar su derrota. ¡Con qué profundidad desentraña Bernardo los ardides y astucias de estos dos hombres de perdicion! « Vigilancia (decia en una de sus cartas), vigilancia contra Abeylar-do..... Hemos escapado del leon, pero hemos caído en poder del dragon.... La abeja que estaba en Francia ha silbado para llamar á la que estaba en Italia, y ambas se han unido contra el Señor y su Cristo..... Hablo de Arnaldo de Brescia; « y ojalá que su doctrina fuese tan pura como austera parece « su vida; pues es un hombre que no come ni duerme; pero « está sediento de la sangre de las almas; es de aquellos á quienes define el apóstol, y cuyo carácter pinta el mismo Salvador diciendo: Vendrán á vosotros con piel de oveja, pero en « lo interior son lobos carnívoros. No conoce el camino de la « paz, es enemigo de Jesucristo, el autor de la discordia, el perturbador del reposo, el destructor de la unidad. Sus dientes « son armas y flechas, su lengua es una espada cortadora, sus « discursos son mas suaves que el aceite, pero son dardos inflamados que causan horribles estragos. (1) » Armado de este celo y con el profundo conocimiento que tenia de estos dos hombres, preséntase Bernardo al concilio de Sens obligado de la obediencia, y en presencia de aquella santa asamblea de obispos, descubre y pulveriza las sutilezas con que intentan eludir el nervio de sus raciocinios; confunde su orgullosa temeridad; obli-gados á rendir homenaje á las verdades católicas que combatian, y levanta trofeos á la fe de Jesucristo: *In verbis suis monstra placavit.*

Con igual denuedo peleó contra el monstruo del cisma. Sabido es de todos el conflicto en que se vió la iglesia de Dios en los dias de nuestro héroe. Colocado en la cètedra romana el virtuoso Inocencio II, disputábale la autoridad el ambicioso cuanto pérfido Anacleto, merced á las intrigas de un partido numeroso que se habia formado entre sus adeptos. Terco, y sostenido

(1) S. Bernardo, carta 187 dirigida al Pont. Inocencio.

de la muchedumbre, favorecido por los poderosos, secundado por la violencia y la rebelion de los descontentos, por las astucias de la política y por los ardides de Satanás, consiguió separar á los pueblos entre sí, alarmó á los príncipes, desunió á los obispos, fascinó al clero, y arrojó en el seno de la Europa la tea de la discordia. ¡Oh Dios de la verdad! ¿Permitireis que vuestro querido Israel sea destrozado por los incircuncisos filisteos? ¿No os conduelen los gemidos de vuestra esposa, cuyo majestuoso ropaje hállase desgarrado por sus enemigos, y cuyo corazón se mira inundado de amargura? Enviad vuestro ángel como en los dias de Ezequías rey de Judá, para que sean exterminados los que con blasfemia gritan contra vuestro santuario!

Vedle, católicos: Bernardo está ya armado de la espada de la verdad y presto á lidiar con ese Senaquerib soberbio. La ciudad de Estampes es la arena en donde caerá yerto cadáver el monstruo del cisma. Allí se hallan congregados todos los preladados de Francia, el rey Luis el Craso, y muchos príncipes de sangre. Bernardo es compelido á asistir, á pesar de sus humildes excusas, y en negocio tan arduo y difícil, toda la santa asamblea hace al santo solitario árbitro de la cuestion, y le confia la decision de la legitimidad entre Inocencio y su rival Anacleto. ¡Qué portento! Bernardo es el alma de todo un concilio. ¡Un pobre y oscuro solitario es el órgano del Espíritu santo! En efecto; nuestro santo ora, examina la cuestion, delibera en fin, y sentenciando á favor del virtuoso Inocencio, le declara verdadero y legítimo Pastor de la iglesia; desmenuza los falsos argumentos con que su contrario pretende aun hacer valer sus soñados derechos; allana todas las dificultades; cautiva todos los corazones á quienes el torpe interes hiciera seguir las huellas del intruso, y hace triunfar la unidad: *In verbis suis monstra placavit.*

¡Oh héroe magnánimo! ¡Cuán deudora te es la iglesia de Jesucristo! Su paz, su gloria, sus derechos, su felicidad... todo es obra de tu celo ardoroso y de tu doctrina celestial! Mas no le debe menos, señores, la sociedad, para quien este grande acontecimiento tuvo los mas felices resultados. ¿Quién proporcionó á la Francia el reposo y la calma que habian turbado las escisiones de Anacleto? ¿Quién refutó los pretextos de la Alemania, disipó las pretensiones de la Inglaterra, y sosegó las turbulencias de Flandes y la Sicilia? Aquí, señores, no puedo menos de

recordar con entusiasmo un rasgo admirable del celo santo de Bernardo. Guillermo, duque de Aquitania, continuaba con tenacidad sosteniendo el cisma con sus excesos de todo género. En vano nuestro héroe multiplica sus exhortaciones, reitera sus súplicas, y hace continuos viajes á la corte de aquel príncipe para reducirle á la unidad. El obispo de Angulema, Gerardo, atizaba el fuego de la escision y neutralizaba los efectos del celo santo de Bernardo. ¡Pero oh fuerza irresistible de la verdad! Ármase el intrépido solitario de la fe y de la virtud del Altísimo, amenaza terriblemente al discolo Gerardo, y cual si fuese un ángel de Dios, anuncia su muerte, la cual se verifica con las mas funestas circunstancias. Dirígese despues al duque, y ¡qué espectáculo tan tierno, al par que terrible, se ofreció entonces á los ojos de Dios y de los hombres! Estaba á la sazón celebrando el tremendo sacrificio de nuestros altares; cuando he aquí, que despues de la consagracion, toma en sus manos la sagrada hostia, sale á las puertas de la iglesia en donde se hallaba Guillermo, y con el rostro encendido y los ojos centellantes, háblale en estos términos: «Os hemos suplicado, y «nos habeis despreciado: aquí, pues, teneis el Hijo de la Vir-
«gen que viene á buscaros, el que es cabeza y Señor de la «iglesia á quien perseguís; este es vuestro juez á cuyas ma-
«nos ha de venir á parar vuestra alma. ¿Le despreciareis aca-
«so, como habeis despreciado á sus siervos?» A estas palabras el duque cae por tierra privado de sus sentidos; Bernardo le toca con el pié y le manda que se levante para oír la sentencia que el Señor le intimaba por su boca; y luego continúa: «Ved
«aquí el obispo de Poitiers á quien lanzasteis de su silla; re-
«conciliaos con él, llevadle vos mismo á su iglesia, y prestad
«obediencia al Sumo Pontífice á quien acata toda la iglesia.» Bernardo obtiene el mas completo triunfo; Guillermo ejecuta sus órdenes, se humilla, hace penitencia, entra en la unidad católica, el cisma es destrozado, y la iglesia queda en pacífica posesion de sus derechos. *In verbis suis monstra placavit.*

No descansa el celo ardiente de este nuevo Macabeo con las conquistas que acaba de reportar. No bien habia tornado á su delicioso albergue de la soledad, cuando es llamado de nuevo á luchar contra nuevos monstruos. La sabiduría mundanal, la ciencia de la carne que siempre fué y será enemiga declarada de Dios, intentaban todavía reanimar las cenizas recién apagadas

del mal, y en diversas partes advertíanse chispas que amenazaban encender un nuevo fuego. Lotario, rey de los Romanos, si bien prestó obediencia al legítimo pontífice, no cesaba de molestarle con pretensiones importunas. Bernardo se presenta; habla al monarca; le convence; y los negocios se arreglan á satisfaccion de la silla apostólica. Imposible es seguir á nuestro héroe en los viajes que emprendió por la gloria del Señor y el mayor esplendor de la unidad católica. En todas partes parecía hallarse presente este ángel pacificador, sin que por eso dejase de estar siempre dentro de sí mismo absorto en la divina contemplacion. Ora le vereis en Flandes haciendo numerosas y brillantes conversiones, y aumentando el número de los solitarios que en tropas le pedian ser admitidos bajo su direccion: ora reconciliando en el concilio de Plasencia á los de Pisa con los genoveses; ya en calidad de legado del papa componiendo las diferencias que existian entre Conrado duque de Sanbia y el emperador de Alemania: ya en la corte de Rogerio, rey de Sicilia, desvaneciendo la falsa elocuencia de un cardenal, su protegido, que se oponia al reconocimiento de la santa Sede; unas veces decidiendo las cuestiones mas importantes en los concilios: otras combatiendo á los herejes llamados apostólicos, á Gilberto Porretano, á Leon de la Estrella, y otros muchos de este temple. Casi á un mismo tiempo admiró Claraval la sabiduría de su gobierno; Paris la fuerza de su elocuencia; Reims fué sorprendida de sus luces; Milan con sus multiplicados prodigios. En Roma su heroísmo arrebató la atencion de los purpurados; en Tolosa su predicacion y hechos portentosos arrancan las aclamaciones de todo el pueblo; y en medio de una muchedumbre de negocios tan complicados, hace brillar en sus escritos una elocuencia encantadora, una profundidad inimitable, una dulzura que cautiva, una sublimidad que embelesa, una sabiduría, en fin, que causa la admiracion de los sabios y de todo el mundo. Leed el comentario sobre *el cántico de los cánticos*; leed los cinco libros de la *consideracion* que dedicó al papa Eugenio III; leed, en fin, todas sus producciones, y quedareis absortos á vista de tan profundo saber en un hombre sepultado en el retiro de un desierto.

Preciso nos es, empero, concluir. Nada nos es posible decir de su tierno amor á la madre del amor hermoso, ni de los señalados favores con que por ella fué enriquecido; nada del des-

interés con que renunció cuantas dignidades le ofreciera la silla apostólica, satisfecho únicamente con recibir en premio de sus brillantes servicios una reliquia de san Cesáreo mártir; nada, en fin, de los sacrificios, penalidades y persecuciones que le proporcionó su celo, especialmente en la predicación de la cruzada contra los infieles. Solo nos contentaremos con decir, que un santo á quien visitaron y consultaron los sumos pontífices, los obispos y cardenales, á quien obedecieron los príncipes mas soberbios, á quien los pueblos veneraron, á quien escucharon como un oráculo los concilios; un santo que por la gloria de Dios y de su iglesia pasó tres veces á Alemania, recorrió la Francia, atravesó los Alpes, é iluminó á toda la Europa con los resplandores de su doctrina, y hoy día ilustra á todo el orbe católico; un santo, que uniendo el retiro y la austeridad del solitario á la infatigable actividad del apóstol, destruyó el error, ahuyentó el cisma y confundió la impiedad, es en toda su expresión un héroe ensalzado por Dios para ser con su vida el terror de los enemigos de la virtud, y con su celo y doctrina el pacificador de los mas horrendos monstruos: *Magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit.*

¡Oh dulcísimo Bernardo, honra y prez del doctorado católico! la iglesia deudora por mil motivos á tu infatigable celo, y tus relevantes servicios, te ha conferido justamente este nuevo título; y tu doctrina suave como la miel, y como el néctar purísima, es y será siempre un baluarte firmísimo contra todos sus enemigos. Ahuyenta, como lo hiciste en tu vida, los monstruos que todos los días aborta el averno para desventura de la humanidad, y prueba de la firmeza de la fe. Inspíranos el santo celo con que defendiste la verdad, la moral y la unidad católica; consíguenos del Señor, á quien con tanto fervor serviste, y de María, á quien tan apasionadamente amaste, gracia para imitar tus virtudes, á fin de merecer ser un día contigo moradores de la celestial Jerusalem, la gloria.

SERMON

DE SAN BLAS, OBISPO Y MÁRTIR.

(DE ANDRES.)

Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios... non potest meus esse discipulus.

Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre y madre, y mujer é hijos... no puede ser mi discípulo.

S. Luc, c. 14. v. 26.

Cuantas veces como desde una alta atalaya me paro á considerar los estudios y conatos de los hombres, apenas puedo detener el curso á mis lágrimas, viendo la miserable ceguedad de los mortales. Como si las honras y dignidades fueran el colmo de la suma felicidad, según locamente creyó Aristóteles, así enderezan á su consecución todos sus pensamientos y diligencias. Proponen subir al alto monte de la honra, aunque no conozcan otros caminos que los de la iniquidad.

Puede darse mayor ceguedad en los mortales? ¿Pudiera creerse si no se viese, tal estolidez de entendimiento, semejante corrupción de voluntad? O hombres insipientes, diría yo! O necios, (para decirlo con las mismas palabras de los Proverbios) ¿hasta cuándo habeis de amar la infancia, y des-acordados buscáis las cosas que os son nocivas? *Usque quo parvuli diligitis infantiam, et stulti ea, quæ sibi sunt noxia cupient!* (1) ¿Dudais que haya otros caminos que llevan á las honras mucho mas espaciosos que los de la iniquidad? Creeis que el delito es el único brazo que puede levantaros? Os persuadireis que á la injusticia es á quien debais reconocer deudores de vuestras pretendidas exaltaciones? Os engañaís. Registrad las historias divinas y humanas, y vereis que hay

(1) *Prov. c. 1. v. 22.*